

«Prefiero la nostalgia creadora a la melancolía con olor a naftalina», sostiene Pereira

A Antonio Pereira le viste un aire augusto, de barba blanca y voz colmada de razón, aunque por los ojos se le escape el agua salada cuando mira desde Madrid al norte, quizá buscando Villafranca del Bierzo, en León, donde nació un día de 1923. «Me gusta contar», dice y escribe ahora en una antología personal que reúne más de sesenta

Gregorio García Maestro

Un cuadro de Vela Zanetti para el centro del salón, y un piso en alturas de Moncloa. Invierno en Madrid y verano en León. Vividor más que escritor. Nostalgia, sí, pero, matiza, «siempre que sea creadora, no me quedo en el llanto, sino que me alimento de ella para seguir creando y viviendo. No estoy dispuesto a cebarme en una melancolía del pasado poblada de recuerdos con olor a naftalina». Antonio Pereira publica ahora «Me gusta contar» donde reúne decenas de cuentos, algunos inéditos, de varias páginas y cuentos de una decena de líneas.

-¿Cuáles han sido los criterios de selección de los cuentos?

-No he seguido un criterio cronológico sino geográfico. Los cuentos están ordenados de una manera casi instintiva. El libro tiene cuatro partes: «Mundo ni ancho ni ajeno», «Historias del noroeste», «Cuentos de Madrid» y «Antes que el tiempo muera en nuestros brazos». Los relatos de la primera parte transcurren en ambientes exóticos, pero que nadie se engañe, no son una exhibición de guía turística. Siempre he preferido ser más un viajero o un peregrino que un turista ávido de coleccionar recuerdos.

-Se empeña usted en desmitificar situaciones solemnes, ¿qué hay de malo en la seriedad?

-Nada. Es que yo quiero a mis personajes. Les trato con ternura, intentando destronar los momentos graves de la vida, para que duela menos. Eso se consigue con el humor y la ironía, nunca con el sarcasmo. La ironía, en mis narraciones,

siempre va acompañada de ternura.

-¿Qué le gusta más: contar o que le cuenten?

-Bueno, me gusta que me cuenten, pero no puedo remediarlo, me gusta contar a mí mismo y temo que alguna vez haya incurrido en esa horrible incorrección de decir a quien está narrando un sucedido: espera, calla, que eso lo cuento yo mejor.

-Ese gusto por hablar y por contar, ¿de dónde?

-De mi adolescencia; la adolescencia es siempre más importante que la infancia. Esa es mi época villafranquina, el mundo de la ferretería de mi padre, el mundo de las bodegas y de las tertulias soleadas; allí cogí el gusto por la narrativa oral que me llevaría a la escritura, pero sin abandonar mi ambición de que lo que escribo pueda ser comunicado en voz alta.

-Las cuentas del cuento no son nada desdeñables a juzgar por las antologías y nuevos títulos que están apareciendo en los' últimos tiempos. ¿Algún motivo en especial?

-Ya me contentaría yo con que el cuento estuviera viviendo una edad de plata como dicen algunos. Yo hago todo lo que puedo por ayudar al género. Además de escribir me dedico a una especie de apostolado del producto. Ando por universidades, institutos o colegios de monjas predicando las virtudes de este género.

-El cuento necesita un lector muy activo y cómplice. ¿Se dan esas cualidades en el público español?

-Yo creo que todavía no. El cuento va muy bien para este tipo de vida tan llena de prisas, pero sí que es cierto que se requiere mucha complicidad que a veces no se da. Todo en literatura gira en torno a un pacto del autor con el lector. En palabras de Coleridge, se trata de crear una suspensión momentánea y provisional de la incredulidad, es como ver una película, dejarse engañar sin tener la sensación de que te están engañando.

-Y la poesía, ¿para cuándo?

-La poesía para siempre. Antes escribía poesía amorosa y desesperada, cuando era joven.

-¿Y ahora?

-No sé muy bien de qué se alimenta la poesía. Es algo que acontece sin más. Un buen

día me levanto o me acuesto, sabe Dios, y siento que tengo que contar algo en esa forma insustituible y eterna que llamamos versos.

